



Domingo XIII Tiempo Ordinario

Ciclo A
2 de julio de 2023

I NOTAS EXEGÉTICAS

2Re 4, 8-11.14-16^a

Ese hombre de Dios es un santo, se quedará aquí

Esta lectura hace parte del ciclo de Eliseo, sucesor de Elías (2Re 2-13). El profeta continúa la obra de su antecesor, haciendo milagros y predicando en diferentes territorios. Conformó alrededor de él una comunidad de profetas que lo siguen, entre ellos su servidor cercano Guejazí. Su acción profética se focaliza sobre todo en el territorio del Reino del Norte. Aunque Eliseo aconseja a los reyes de Israel, sin embargo no es un profeta de corte, sino que come y reside donde predica. Este motivo lo lleva a ser recibido por una mujer en Sunem, población cercana al valle de Jizreel, famoso por su belleza y prosperidad agrícola. La mujer es llamada principal sobre todo por su posición prestante, aunque como el relato revelará tiene una carencia mayor que la económica. La mujer reconoce que Eliseo no es un hombre común sino que habla y actúa en nombre del Señor. Ella lo acoge cada vez con mayor generosidad, primero para comer y luego para hospedarse. De forma impresionante, nunca pide nada a cambio de su acogida. Es Eliseo quien desea retribuir su generosidad, entregándole así la promesa del anhelado hijo. El relato muestra de forma palpable los frutos de la acogida del mensajero divino. La presencia del profeta es capaz de romper el círculo de muerte por





la esterilidad que atenaza a la mujer y a su esposo. El profeta es capaz de generar vida, un poder que pertenece exclusivamente a la iniciativa divina.

Sal 88, 2-3. 16-7. 18-19

Cantaré eternamente las misericordias del Señor

Este extracto del Salmo 88 es un cántico de alabanza que expresa el amor y la fidelidad del Señor para con un fiel suyo. La mirada del salmista viene puesta en las promesas hechas por el Señor y en su realización actual. De nuevo, como en otros salmos, aparece aquí el binomio misericordia-fidelidad como característico de la acción del Señor. Sin embargo, estas dos realidades vienen descritas por medio de imágenes: la misericordia viene comparada a un edificio y la fidelidad al cielo. Ambas son figuras de protección frente a la inestabilidad de las realidades humanas y cósmicas. La misericordia y la fidelidad expresan firmeza y seguridad con una característica temporal adicional: no caducan jamás. La exultación del salmista se dirige al final hacia la persona misma del Señor. Su carácter de escudo y rey de Israel garantizan el único apoyo cierto del fiel en medio de la incerteza de la condición humana.

Romanos 6, 3-4.8-11

Por el bautismo fuimos sepultados con él en la muerte, para que andemos en una vida nueva

En esta sección de la carta a los Romanos, Pablo presenta el fundamento por el cual el cristiano se incorpora en el plano de la vida terrena a la muerte y resurrección del Señor. La vía de entrada es el bautismo, realidad mística desde donde el creyente queda unido inseparablemente al misterio pascual. La prueba de esta incorporación es la capacidad del creyente de vivir una vida en novedad, radicalmente diferente a la pasada. La vida cristiana consiste entonces en una participación activa en el poder de Cristo y no en la demostración de capacidades personales superiores o de un compromiso ético con un alto ideal religioso. De esta forma, la existencia del creyente es prolongación en el tiempo actual de la vida del Resucitado. Su victoria sobre el pecado y la muerte se traduce en el señorío que el bautizado experimenta frente a las realidades de sufrimiento cotidianas y en la capacidad de realizar obras de amor que van más allá de las posibilidades humanas.





Mateo 10, 37-42

El que no coge su cruz no es digno de mí. El que os recibe a vosotros me recibe a mí

La sección que la liturgia nos presenta concluye el segundo gran discurso de Jesús en el Evangelio de Mateo, denominado discurso misionero o apostólico. Esta exhortación no está dirigida al pueblo en general sino en particular a los discípulos. Son ellos los llamados directamente a llevar el anuncio del Reino de Dios a todos, pero en especial a las ovejas perdidas de la casa de Israel (cf. 10,6). La actitud misionera implica un paso anterior: una actitud de acogida. Los discípulos están convocados a ser los primeros en acoger el llamado de Cristo a salir de sus propias seguridades: salir del círculo estrecho de su familia (padre, madre, hijos) y comodidades (cruz) para entregar la vida en el seguimiento del Maestro. En efecto, estas renunciaciones realizan la gran paradoja de la misión cristiana expresada en el v. 39: perder la vida propia para ganarla. Con esta dinámica de pérdida-ganancia los discípulos siguen el camino de muerte y vida nueva vida de su Maestro y se convierten a su vez en testigos de que es posible que otros sigan la misma vía del discipulado. La hospitalidad hacia el testigo se convierte en el primer paso para la realización de la vida nueva que Cristo proporciona a aquellos que reciben con sencillez su mensaje.





II PISTAS PARA LA HOMILÍA

- **El profeta, testigo del poder de Dios:** así como la acogida de Eliseo por parte de la sunamita y de los enviados por Jesús en el Evangelio trae frutos, igualmente el Señor pone delante de nosotros testigos concretos para recibir la gracia de su amor en nuestras comunidades parroquiales y familias. Frente a la tentación de una fe desencarnada o aislada, la Palabra de Dios nos invita a valorar la presencia de personas que llenan de esperanza nuestro caminar como Iglesia. Ellos son semillas de esperanza en medio de situaciones difíciles de sufrimiento o incertidumbre.
- **La misericordia no se agota:** las pruebas de la vida pueden hacernos pensar que la compasión del Señor se ha alejado de nosotros o que nuestras oraciones no son escuchadas. El salmo responsorial nos invita a poner nuestra mirada en las misericordias (múltiples) que el Señor cotidianamente tiene para con todos sus fieles. No se nos anima a una mirada ingenua sobre la vida, sino a afrontar con esperanza las vicisitudes presentes sabiendo que podemos poner nuestra confianza en alguien más poderoso que nosotros mismos.
- **El buen fruto de la hospitalidad:** las lecturas resaltan cómo la acogida al profeta, al extraño, al que tiene sed no se quedará sin recompensa. En nuestra sociedad actual donde abundan numerosos ejemplos de mal, así como de desprecio a la vida y a la dignidad humana, la invitación de la Palabra de Dios nos empuja a no cansarnos en la realización del bien sino perseverar, animados por el Espíritu del Resucitado. No hay acción de acogida por pequeña que esta sea que quede sin recompensa de parte del Señor, quien antes que todo nos ha acogido en su Hijo Jesús.
- **Bautismo, causa de esperanza:** situaciones humanas que están al límite nos llenan de angustia y preocupación frente al futuro. Inestabilidad familiar, económica y social pueden conducirnos fácilmente al desánimo y al convencimiento interno de que nada podemos hacer frente a fuerzas superiores a nuestros deseos. San Pablo nos anima a mirar a nuestra condición bautismal como la garantía de nuestra unión con el triunfo de Cristo sobre el mal y sobre la





destrucción. Es posible una vida nueva, es posible volver a comenzar, existen siempre semillas de esperanza si estamos unidos a la victoria de Cristo. Volver la mirada a nuestro bautismo nos garantiza esta participación en las semillas de un nuevo estilo de vida dentro de nuestra sociedad.

- **Perder la vida para ganarla:** por su unión con Cristo muerto y resucitado el creyente participa de esta misma dinámica. Muere a sus deseos y búsquedas para participar en una vida de amor y comunión superior a la suya. En una sociedad que nos invita constantemente a una dinámica contraria a la muerte del yo, basada en la autorrealización egoísta, la palabra del Evangelio se nos presenta como medio de liberación personal y comunitaria. La renuncia de los deseos propios por amor a otros no se traduce en frustración sino en plenitud de entrega que permite la multiplicación de acciones de amor que reconstruyen el tejido familiar y comunitario.





III SUBSIDIO LITÚRGICO

Monición de entrada

Como comunidad de hermanos en la fe nos congregamos para celebrar con gozo el misterio de nuestra salvación y reconocer la primacía de Jesús en nuestra vida. Al participar de la mesa de la Palabra y de la Eucaristía, el Señor nos da su Vida y la fuerza necesaria para llevar la cruz de cada día, y nos transforma en bendición para los demás. Con entusiasmo participemos de esta Eucaristía.

Monición a las lecturas

Hoy la Palabra nos revela dos actitudes permanentes del cristiano: la renuncia y la acogida. Como discípulos del Señor estamos llamados a vivir con radicalidad las exigencias de nuestra fe y a acoger con corazón bien dispuesto la gracia de Dios que nos llega a través de sus enviados. Solo así alcanzaremos la recompensa: la plenitud de la vida en el Señor. Escuchemos con atención.





Oración de fieles

Presidente

Queridos hermanos, somos para Dios sus hijos queridos, por eso pidamos con fe que hoy dirija su mirada misericordiosa sobre nosotros y nos conceda lo que más nos conviene.

R/. Que llegue a nosotros tu bendición, Señor.

1. Por la Iglesia, para que siempre reine en ella la fe, la esperanza y la caridad que ha recibido por el inmenso amor de Dios. Roguemos al Señor.
2. Por los gobernantes, para que, dejando a un lado sus intereses personales y pensando en el verdadero progreso de sus pueblos, promuevan los vínculos de unidad, de amor y de paz entre los hombres. Roguemos al Señor.
3. Por los que buscan a Dios con sincero corazón, para que puedan descubrir en Cristo y en sus enviados el rostro misericordioso y cercano del Padre. Roguemos al Señor.
4. Por los que no se sienten amados y sufren los frutos del egoísmo que son la injusticia, la discriminación, el abandono y la maldad, para que encuentren en la Iglesia un verdadero lugar de la experiencia del amor y la misericordia de Dios. Roguemos al Señor.
5. Por nosotros aquí reunidos, para que tomando consciencia de nuestra condición bautismal caminemos siempre en conversión continua y con radicalidad en el seguimiento del Señor. Roguemos al Señor.

Presidente

Padre bueno, al agradecerte los dones recibidos te pedimos acojas nuestras súplicas y nos concedas aquello que más necesitamos para nuestro bien. Por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor.

